



El eterno Don Juan

ADOLPH MENJOU - IRENE DUNNE

— PUBLICACION
SEMANTAL

50
Cts

LOS
MEJORES
FILMS

Año I

Núm. 17

LOS MEJORES FILMS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

Pasaje de la Paz,
número 10 bis

EDICIONES BISTAGNE

Teléfono 18551
BARCELONA

El eterno Don Juan

Interesantisima comedia, interpretada por
ADOLPH MENJOU, IRENE DUNNE, OLGA BLACANOVA,
NEIL HAMILTON, etc.

Es un film

Metro-Goldwyn-Mayer



Distribuído por

METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA, S. A.

Mallorca, 220 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

DISTRIBUCION PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 133 - Teléfono 76507

El eterno Don Juan

Argumento de la película

I

Finny, el agente de publicidad del primer teatro de ópera del país, era un verdadero genio de su profesión.

Finny lo hacía todo. Finny era el brazo derecho del empresario y el genio conciliador de las disputas que a cada dos por tres surgían entre los artistas. Finny era activo, hábil, diplomático, inteligente.

El trasatlántico que conducía a Jean Paurel, el divo contratado por la empresa en la cual servía Finny, había entrado en el puerto.

Finny subió a bordo seguido de una nube de fotógrafos y reporteros.

Todos querían algo de Jean Paurel: una *pose*, unas palabras para su periódico.

—¡Calma, calma!—recomendaba Finny.
Y llamó en el camarote del divo.

Potter, el criado, abrió la puerta y al ver a Finny, exclamó:

—¡Qué agradable sorpresa, míster Finny!

—¿Cómo está el mejor barítono del mundo, Jean Paurel?

—Bien por todos conceptos. Hemos estado descansando.

Potter idolatraba de tal modo a su dueño, que se sentía algo así como una parte de él. Por eso cuando hablaba de Paurel lo hacía en plural y se incluía él mismo como si los dos fueran el famoso cantante.

—He traído a los periodistas para tirar algunas placas y hacer algunas informaciones en la Prensa.

—Se lo diré a monsieur Paurel.

Volvió al interior del camarote. El divo era uno de esos tipos de hombre que hacen soñar a las mujeres. Debía de frisar en los cincuenta, pero conservaba el optimismo y la arrogancia de la juventud.

En aquel momento decía soñadoramente, con los ojos entornados, como recordando:

—Tus besos son divinos...

Y preguntó a Potter, al verle:

—¿Quién dijo eso?

—La que se desmayaba cuando la besábamos—repuso Potter.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo.

—Míster Finny, el agente de publicidad, está fuera, con los fotógrafos.

—¡Bravo! Hoy estoy en plan de dejarme retratar.

Pero en vez de disponerse a ir al encuentro de los fotógrafos y reporteros, se dirigió al dormitorio, haciendo a Potter un guiño de inteligencia.

El criado, cerró la puerta que separaba el dormitorio de la antecámara y mientras el divo realizaba su misterioso trabajo, Potter se ocupó de recoger las prendas del traje que el barítono habría de ponerse al quitarse el lujoso batín que ahora llevaba.

¿Qué hacía el divo entretanto?

Se había acercado a una puertecilla que había en el fondo del dormitorio y dió en ella unos golpecitos.

Otros golpes idénticos se oyeron en la otra parte de la puerta.

Entonces Paurel rodó la llave en la cerradura. Lo mismo hicieron por el otro lado y la puerta se abrió cautelosamente.

Una hermosa mujer se arrojó en brazos del divo.

Paurel le dió un beso apasionado y ella entonó los ojos embriagada de delicia.

—¿Donde está tu marido?—preguntó el cantante.

—Dando las propinas.

Tranquilizado por estas palabras, Paurel volvió a rodear con sus brazos a la hermosa mujer.

—¡Eres la única mujer que realmente me has llegado al corazón!—exclamó el cantante.

—¡Oh!—murmuró ella.

Y después preguntó:

—¿Mañana?

—Sí. Iré a buscarte a la una.

Se oyó entonces un ruidillo en la puerta exterior del camarote contiguo.

—¡Es él!—dijo la dama en voz baja.

—¡Vete!—repuso Paurel en el mismo tono.

Le dió un rápido beso y la hizo marchar.

Cuando volvió al lado de Potter, ya estaba éste esperándole con las ropas colgadas del brazo.

Se vistió. De súbito, en una explosión de optimismo lanzó al aire el torrente de oro de su voz.

Ocurrió entonces algo inaudito. En el camarote contiguo, del lado opuesto a aquel en que viajaba la apasionada amiga de Paurel, se oyó una bella voz de mujer que cantaba el final de la canción empezada por el divo.

Era una voz clara y fresca. Paurel quedó cautivado.

—Hermosa voz. Sin duda corresponde a unos labios tan lindos como la voz misma y sin duda estos labios pertenecen a una cara encantadora. Potter, averigua quién es y cómo se llama.

Pero mientras esto ocurría, en el camarote de al lado, una encantadora joven decía a una criada entrada en años y con figura de matrona:

—He cantado con Paurel. ¡Si él lo supiera!...

Y se marchó.

Cuando llegó Potter sólo encontró en el camarote a la fámula con figura de matrona.

Se apresuró a volver al lado de Paurel.

—¿Quién es?—preguntó éste.

—No nos hace falta el saberlo.

Y con las manos trazó en el aire un gran círculo al mismo tiempo que hacía un gesto de repugnancia.

—¿Gorda?—preguntó Paurel.

—Como un buey, señor.

—En fin—añadió—. Ya estoy listo para sonreír en la primera página.

Potter abrió la puerta del camarote y Paurel salió sonriendo triunfalmente.

II

La nube de reporteros y fotógrafos cayó sobre él.

Finny los detuvo:

—¡Paciencia!

Y Paurel exclamó:

—¡Hola, Finny, as de los agentes de publicidad!

Correspondió Finny a tan cordial saludo y le mostró a los reporteros.

—¿Quiere decirle algo a los muchachos?

Pero antes de que Paurel pudiera desplegar los labios, Finny dijo a los reporteros que ya habían preparado el lápiz y el cuaderno de notas:

—Monsieur Paurel dice que adora a América.

Apuntaron los reporteros y esperaron nuevas manifestaciones.

—Dígales algo más—indicó Finny.

Y otra vez le tomó el propio agente de publicidad la delantera.

—Monsieur Paurel dice que debutará con "don Giovanni". Realmente ¿quién podría hacer como él el papel de conquistador?

Los reporteros volvieron a apuntar y uno de ellos preguntó:

—¿Qué opina de las mujeres americanas?

Iba a contestar Finny, pero Paurel le detuvo.

—Esta pregunta voy a contestarla yo.

Y como el hombre que habla con conocimiento de causa, añadió:

—Las mujeres americanas me encantan porque nunca sabe uno las sorpresas que le reservan.

Y con esto dió Finny por terminada la charla con los reporteros.

Los fotógrafos tiraron algunas placas y Paurel quedó a solas con su inseparable Potter después de poner autógrafos en los carnets de varias muchachas que se acercaron a él en una actitud de adoración.

Los pasajeros tuvieron que pasar, antes de poder entrar en Nueva York, por la aduana.

Allí encontró Paurel a una encantadora joven que le llamó la atención por la gracia de su figura y por la belleza de su semblante.

Aquella joven era la que había terminado la canción empezada por Paurel, aunque el divo estaba muy lejos de sospecharlo.

En aquel momento, un inspector registraba el equipaje de la joven, la cual, satisfecha de haber despertado la curiosidad del divo, no cesaba de dirigirle miradas y sonrisas.

Se acercó Paurel a ella.

—¿Nos conocimos en alguna parte?

—No. Pero sé quién es usted. Soy una de sus admiradoras.

—¿Es usted americana?

Pero antes de que pudiera contestar, el inspector, mostrando una diminuta prenda de ropa interior, preguntó a la joven:

—¿Ha declarado usted esto?

Ella, ruborizada, se apresuró a quitárselo de las manos.

—Sí. Lo he declarado.

—Pues no lo veo.

—Ahí donde dice "un traje de ópera".

—¿Cree usted realmente que esto es un traje de ópera?

—Hay que dejar algo a la imaginación—contestó la joven graciosamente.

—¿Es usted cantante de ópera?—preguntó entonces Paurel.

—Todavía no, pero tengo esperanzas de serlo.

—Lo será.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro porque yo mismo se lo arreglaré.

—¿De veras está usted dispuesto a ayudarme?—inquirió la joven trémula de alegría.

—Y tan de veras. Mañana a la una vaya al teatro Manhattan y pregunte por mí.

La joven estaba tan emocionada que no sabía qué decir.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó Paurel.

—Diana Page.

Con estas palabras dieron por terminada la conversación.

Cuando Diana se hubo marchado, Paurel exclamó con su habitual optimismo:

—¡Adoro los Estados Unidos!

III

Las oficinas del teatro.

El empresario se debatía entre un mar de artistas vociferantes. Todos hablaban al mismo tiempo. Todos tenían alguna queja que exponer.

—¡Por favor!—exclamó la víctima—. Díganse ustedes a míster Finny y él sabrá lo que tiene que hacer.

Todos se abalanzaron sobre Finny, que trabajaba en otra mesa del mismo recinto.

—Vamos a ver ¿qué quiere usted?

Había hecho esta pregunta a una mujer entrada en años y con el tipo de característica.

—Pues que no tengo diván—repuso la artista—. Y si no tengo diván, ¿cómo me van a dar el masaje?

—Le conseguiré el diván y, si quiere, yo mismo le daré el masaje.

—¡Jesús! ¡Qué bromista es usted!

Y así, fué quitándose de encima a todos los escandalosos artistas, hasta que en el despacho volvió a reinar la calma, una calma que ellos sabían muy bien no había de tardar mucho en romperse.

La puerta se abrió y entró el director de la gran orquesta, el maestro Cereale.

—¿Qué se ha hecho de Paurel?—preguntó.

—Ahora mismo llegará—repuso Finny.

—¿Estás seguro?

—¿Por qué no ha de venir?

—No sería la primera vez que un divo nos ha plantado.

—¿Cómo va la orquesta?

—Muy mal. Esos músicos son unos rascatripas. No saben absolutamente nada.

—¡Hombre! No exageres.

—Bregando con ellos te quisiera ver.

—Es lo único que me faltaba.

Anunciaron en este momento la llegada de madame Savarova.

—¿Savarova?—exclamó el maestro Cereale—. No la quiero ver.

Pero antes de que pudiera marcharse, entró Savarova en el despacho.

Era la primera tiple de la compañía. Vestía tan extremadamente como puede concebir la fantasía humana. Era delgada y en sus ojos muy pintados y en toda ella se leía el endiosamiento que la dominaba.

—¡Oh, mi querido Finny!—exclamó besando al agente de propaganda.

Y este comentó mientras la Savarova se dirigía al empresario:

—Me han besado en todos los idiomas.

El empresario puso al beso un comentario muy distinto:

—Cuando me besa—se dijo—, mala señal.

—¡Mi querido maestro!—exclamó la artista dirigiéndose al director de orquesta—. ¡Cuánto me alegro de verle!

—Y yo de verla a usted—repuso rápidamente el director de orquesta—. Pero usted me perdonará, pues mis músicos me están esperando.

Ya se iba a marchar, pero el empresario le salió al encuentro.

—No me dejes solo con ésta—le dijo en voz baja.

Y le preguntó alzando la voz:

—¿Habías dicho que me necesitabas?

—Sí. Quiero que resolvamos juntos lo de los violines.

—Pues vamos allá.

Y volviéndose a la Savarova:

—Perdón, querida mía, pero se trata de algo urgente. Finny la atenderá.

Esto no hizo ninguna gracia a la cantante.

—¿Por quién me habrán tomado para dejarme sola?—exclamó dirigiendo a la puerta una siniestra mirada.

—¿Le parece a usted que yo no soy nadie?—preguntó Finny fingiéndose ofendido.

—Ya sabe usted lo que quiero decir—repuso la Savarova sentándose en el sillón que el empresario acababa de dejar vacío.

—¿Cuál será mi primer papel?—preguntó.

—Doña Elvira en "Don Giovanni".

—¿Don Giovanni? De ningún modo. Debuto con Aida o no debuto.

—¡Pero si ya están hechos los carteles! ¿No los ha visto usted por las esquinas?

—No he visto nada. Ni me hace falta. Si están hechos los carteles, con hacer otros, todo solucionado.

Pero a Finny se le ocurrió una de las ideas que con frecuencia tenía que discurrir para solucionar conflictos como el que ahora se le presentaba.

—Es que nosotros habíamos pensado dejar Aida para la noche de gala, con objeto de que su creación tuviera todo el lucimiento que merece.

El rostro de Savarova experimentó una transformación.

Ahora resplandecía en él la felicidad.

—¿Noche de gala?—dijo con una especie de deslumbramiento—. Me parece una buena idea.

Después preguntó:

—¿Quién canta el don Giovanni?

—El gran Paurel—repuso Finny creyendo que aquel nombre bastaría para inclinar a Savarova en favor de la obra.

Sin embargo, la cantante se puso en pie convulsivamente y exclamó:

—¿Paurel? ¡No quiero cantar con ese grillo!

—¿Llama usted grillo al divo de la compañía?

—¿Al divo de la compañía? ¿Entonces qué pinto yo aquí?

—Usted...—balbuceó Finny comprendiendo que había cometido una pifia.

Pero la Savarova le interrumpió:

—¡Estoy harta de oír sus sandeces! ¡Esto no quedará así!

Y se marchó dejando sumido a Finny en un mar de confusiones.

"Esta dice que no canta el don Giovanni y no lo cantará—dijo—. Pero, en fin, ya encontraremos el modo de hacerla cantar."

IV

Apenas había terminado de pasar este pensamiento por su mente, cuando se presentó el tenor, un tenor de bastantes quilos, muy inquieto y nervioso.

—¡Esto es insoportable! ¡Aquí no se puede cantar! ¡Horrible! ¡Espantoso!

—Pero ¿qué le pasa, hombre?—le preguntó Finny.

—Pues que ese demonio de tiple alemana se trae su perrito a los ensayos y cada vez que yo canto el perrito ladra. ¡Esto no puede ser, no puede ser y no puede ser!

—Oígame...

—¡No puede ser, no puede ser y no puede ser!...

Y entonces entró la tiple alemana.

Al ver al tenor le hizo una mueca de desprecio y dijo a Finny:

—Vengo a manifestarle que no puedo seguir trabajando.

—¿Por qué?

—Porque este vestido me hace demasiado gruesa.

—Ya le buscaré un vestido que adelgace.

—Pero ¿cree usted que yo voy a ponerme una cosa de guardarropa?

—Nadie ha hablado de la guardarropa. Le buscaremos una modista que le haga un vestido a su gusto.

—Eso bien, porque mi perrito me ladra cuando me ve vestida así.

—Su perrito ladra por cualquier cosa—intervino el tenor.

—¿Lo dice porque le ladra a usted? Entonces tiene usted razón: ladra a cualquier cosa.

—¡Oh!

Y el tenor se puso tan nervioso, que por un momento pareció que iba a estrangular a la tiple, pero se contentó con decir:

—No sabe el favor que me hace.

—O me pide usted perdón o no canto con usted "La Walkiria".

—¡Está bien! Me voy a mi casa. Prefiero tomarme unas salchichas y tomar un vaso de pilsen que verla a usted.

Al nombrar las salchichas y la cerveza, la tiple alemana se estremeció de envidia.

—¿De veras va usted a comer salchichas y a beber cerveza?

—Naturalmente.

—¡Oh, invíteme!

—La invito si me promete no volver a traer al perrito al ensayo.

—Por un vaso de cerveza y unas salchichas soy capaz de prometerlo todo.

—Entonces, este es mi brazo.

La tiple dejó al perro y cogió el brazo del tenor.

Y Finny les vió marchar mientras se decía:

—O están ellos locos o lo estoy yo.

* * *

Había llegado Paurel al teatro y estaba saludando al viejo portero, cuando vió un joven que se dirigía a ellos.

—¿Quién es aquel joven?—preguntó el divo.

—Míster Jonino.

—¡Ah, mi sustituto!

Y le saludó afectuosamente, pero con un aire de superioridad.

—¿Cómo está el joven barítono americano?

—Encantado de la vida, monsieur Paurel, ¿y usted?

—Triunfando.

—¿Me permite usted una pregunta?

—Venga.

—¿Pidió usted, míster Stapleton, que contratara a un nuevo sustituto?

—No. ¿Por qué pregunta usted eso?

—Porque todavía no tengo firmado mi contrato. Y como mi trabajo es tan parecido al suyo...

Paurel se echó a reír:

—¡No hay más que un Paurel, joven!

—En ese caso—repuso el sustituto con naturalidad—, tampoco hay más que un Jonino.

—Usted tiene mucho que aprender todavía.

—En resumidas cuentas ¿puedo continuar aquí?

—¿Por qué no? Yo mismo arreglaré las cosas.

Y dió al joven barítono un golpecito protector en el hombro.

V

Stapleton, que así se llamaba el empresario, y Finny le recibieron cordialísimamente.

—¿Cómo va esa magnífica voz?—le preguntó el empresario.

—Usted lo ha dicho: magnífica. Estoy pletórico de facultades.

Después preguntó:

—¿Quién inaugura la temporada conmigo?

—Savarova.

—¿Savarova?—preguntó Paurel—. No la acepto. Desafina demasiado... Además, come cebolla.

Entonces tuvo Finny una de sus ideas geniales. Iba a matar dos pájaros de un tiro. Trabajaría Savarova que no quería trabajar y trabajaría Paurel que también se negaba.

—Olvídese de lo que pasó con ella—dijo el empresario—. Las cuestiones sentimentales son fáciles de olvidar.

—Fué una aventurilla sin importancia. Pero no es por eso. Es, sencillamente, que no quiero cantar con ella.

—Pues ella tampoco quiere cantar con usted—dijo Finny.

—¿Cómo?—preguntó Paurel— ¿Que ella no quiere cantar conmigo? ¡Vaya si cantará! ¿Se ha creído ella que se puede jugar con Paurel?

Finny guiñó un ojo al empresario, el cual sonrió satisfecho.

En este momento entró Savarova.

Paurel la saludó muy amable, tomando su mano para besarla.

—¿Cómo estás, querida mía?

—Ya no me engañarás otra vez—repuso Savarova secamente.

—No te sienta bien el ser rencorosa... ¡Pero si estás más hermosa que nunca! Para nosotros no parecen pasar los años.

—Menos mal que te incluyes tú también — dijo Savarova riendo.

—¡Qué lástima que se encargue la Martucci del papel de doña Elvira!

—¡La Martucci! ¿Esa foca? ¿Y quién te ha dicho que es ella y no yo quien canta la doña Elvira?

—Finny ha dicho que habías rehusado.

—¡Ya sabía yo que tenía que armar algún lío el muy idiota! ¡Díganle a la Martucci que aquí no canta nadie la doña Elvira más que yo!

Paurel guiñó un ojo a Finny, sin saber que éste se lo había guiñado antes al empresario.

En este momento llevaron a Paurel el recado de que una señorita deseaba verle, pero Paurel, que no se acordaba de la cita que había dado a Diana y que no quería hacer en aquel momento un desaire a Savarova, contestó:

—No estoy para nadie.

En efecto, era Diana la que estaba en el vestíbulo. A ella no se le había olvidado la cita que le había dado el gran Paurel. Por el contrario, había estado pensando en ella desde que se separó del divo en la aduana hasta este momento en que lo esperaba llena de emoción.

Su sorpresa al ver a Carlo Jonino fué muy grande.

—¡Hola, Carlos!—exclamó saludándole.

—¡Hola!—dijo el joven con una mezcla de sorpresa y alegría—. Pero no me llamo Carlos sino Carlo, así como mi apellido no es ya Jones, sino Jonino. Soy un barítono procedente de Italia. Ella reía.

—Ya sé que has progresado mucho.

—Pero, ahora que me doy cuenta. ¿No estábamos reñidos?

—Por tu culpa.

—Ya sé que hice mal al marcharme sin despedirme. Perdóname. Ahora que nos hemos vuelto a encontrar, no reñiremos otra vez. ¡Te quiero tanto!...

—Has llegado demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora no pienso en casarme sino en dedicarme a la ópera.

—¿Y pretendes que te admitan en este teatro?

—Sí.

—Bien se ve que no sabes lo difícil que es eso. Pero hoy no intentes nada. Ven a verme otro día.

—¿Crees que he venido a verte a ti?

—¿A quién, entonces?

—A Paurel.

—¡A Paurel!—exclamó Jonino sin ocultar su rabia.

—Sí. Ha quedado en presentarme al empresario.

—Pero ¿sabes lo que haces?

—Sí.

—No, no lo sabes. ¿Ignoras cómo habrás de pagar la protección de ese miserable?

—Si a ti te parece un miserable, para mí es un hombre sumamente simpático.

Carlo estaba confundido. Evidentemente amaba aún a Diana, y ahora, al volverla a ver, se había recrudecido su antiguo amor con inusitada fuerza.

El ordenanza que había pasado el recado al divo, volvió.

—El señor Paurel está muy ocupado—dijo a Diana.

Quedó ésta muy sorprendida, mientras Jonino reía satisfecho.

—¿Lo ves? No le interesa tu carrera. Vámonos a almorzar.

Pero cuando ya Diana estaba dispuesta a aceptar la invitación de Jonino, apareció Paurel conduciendo del brazo a Savarova y diciéndole:

—Eres la única mujer que realmente me has llegado al corazón.

Pero al ver a Diana se detuvo.

Dejó a Savarova y se dirigió a la ex novia de Jonino.

Ya veo que no ha olvidado usted la cita—dijo con una sonrisa cautivadora.

—En cambio, usted ha estado a punto de olvidarla.

—No lo crea. La he tenido en todo momento bien presente.

Se volvió a la cantante:

—Perdóname, Savarova. Nos veremos mañana.

Y preguntó a Diana:

—¿Le parece que nos vayamos a almorzar mientras hablamos de lo nuestro?

—Con mucho gusto.

Y dijo a Jonino:

—Perdón, Carlo. Nos veremos otro día.

Dicho esto, Paurel y Diana se marcharon. Y los ojos llameantes de Savarova y los no menos indignados de Jonino les siguieron.

VI

Se encontraron a la puerta de la casa donde vivía Diana.

—Siempre que vengo a verte da la casualidad de que tú te vas—dijo Jonino malhumorado.

—Es que tengo que ir a ver a una persona—se excusó Diana.

—¿Quién es? Pero no me lo digas. Estoy seguro de que es Paurel.

—No te has equivocado. Voy a su casa. Quiere oírme cantar.

Y viendo que Jonino llevaba debajo del brazo una caja, le preguntó:

—¿Qué es eso?

—Unas flores—repuso Carlo tristemente.

—¡Eres encantador!—exclamó Diana apoderándose de la caja—. Pero no pongas esa cara tan triste. Ya nos veremos mañana y comeremos juntos. Adiós. Está corriendo el taxi.

En efecto, junto a ellos estaba parado un taxi que Diana tomó y se alejó rápidamente.

* * *

Lo primero que cantó Diana, acompañada al piano por Paurel, no fué del agrado de éste.

—Buen timbre, pero todavía te falta mucho. Suenas a fonógrafo.

—Entonces ¿cree usted que no puedo llegar?

—Al contrario, tu carrera está asegurada. Por algo tienes la protección de Paurel.

Volvió a cantar Diana y esta vez puso más alma en la canción.

Paurel se sintió profundamente conmovido. ¿Por qué? No podría decirlo. Era algo extraño lo que en él ocurría en aquellos momentos.

De lo que estaba seguro era de que aquel estado de ánimo no te-



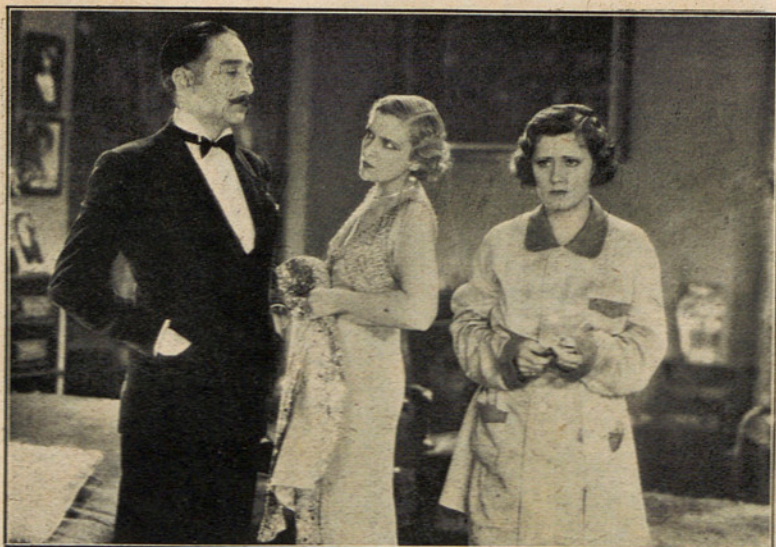
... Estoy pletórico de facultades.



—¿Cómo estás, querida mía?



La miró a los ojos fijamente.



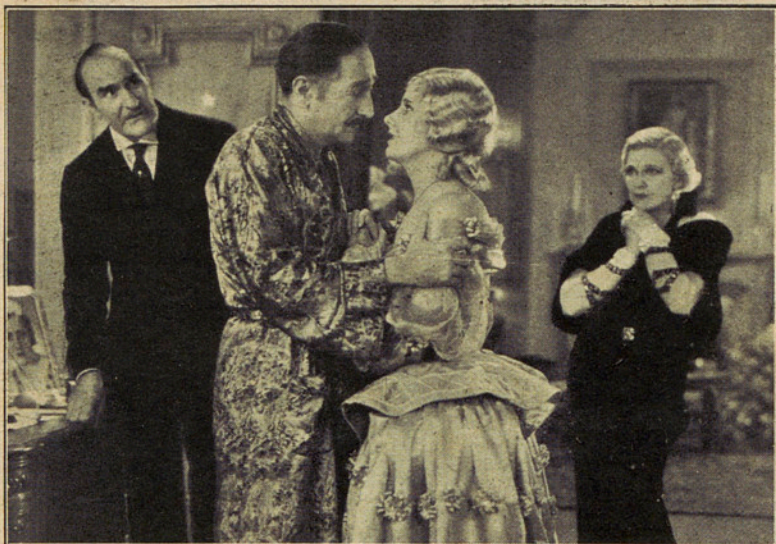
—Aquí estoy de más.



—Pareces muy feliz!



—¡Bravo, bravo!



—No ha sido nada, querida...



—No nos preocupemos. Todo se arreglará.

nía nada que ver con las posibilidades artísticas de Diana. Por el contrario, era la misma Diana la que le atraía.

Charlaron después.

Paurel se sentía cada vez más inquieto.

—Tomaremos un cóctel y te marcharás—dijo de pronto.

—¿Acaso no te gusto?—preguntó Diana coquetamente.

El la cogió por los hombros. La miró fijamente.

—Precisamente porque me gustas demasiado quiero que te vayas.

Los interrumpió Potter, el cual dijo haciendo a Paurel un gesto que éste interpretó como un anuncio de catástrofe:

—Una visita importante, monsieur Paurel.

—¿Quieres pasar a mi cuarto?—preguntó el cantante a Diana.

Y cuando Diana pasó al cuarto de Paurel, Potter declaró:

—Es madame Savarova.

—Haberle dicho que no la puedo recibir.

—No quiere irse de ningún modo.

Y como para probar que Potter no mentía, la puerta se abrió y apareció la Savarova.

—¿Por qué me haces esperar?—preguntó.

—Es que me estaba arreglando porque tengo que marcharme. Me esperan en el club. ¿Por qué no me has telefonado antes de venir? Así te habría evitado esta molestia.

—Pero si ayer me dijiste que viniera.

—Sin duda entendiste mal el día.

—Pero eso tiene fácil arreglo. No vayas al club.

—¡Imposible faltar! Es un asunto muy importante.

—Pero ¿y si se te presentara otro asunto más importante todavía?

Y al decir esto, Savarova empleaba su tono más insinuante, al mismo tiempo que echaba los brazos al cuello de Paurel.

Se defendió el divo, pero seguía el acoso de la cantante.

De pronto se abrió la puerta del cuarto de Paurel y apareció Diana.

Los dos, Savarova y el barítono, se quedaron mirando con el mismo asombro.

Diana se había puesto un pijama de Paurel.

—Ahora comprendo por qué querías que me marchara—dijo Savarova.

Y Paurel, temiendo las tremendas represalias de aquella mujer que era un poco histérica, trató de disculparse:

—Miss Page ha venido a tomar una lección de canto.

—¿Con ese traje?—preguntó Savarova incrédulamente.

—Es que se me ha caído un cóctel encima del vestido—explicó Diana.

—Toda esta farsa es inútil.

—Te aseguro...

—Aquí estoy de más.

Y se marchó.

Paurel miraba a Diana acusadoramente.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque no quería que esa mujer echara a rodar mi porvenir.

—¡Muy bonito! ¿No te da vergüenza? ¡Yo que te creía una muchacha discreta y prudente! Y ahora veo que sólo obras movida por el interés.

El tono había sido tan duro, que Diana se echó a llorar.

—¿Lágrimas falsas?—preguntó Paurel mirándola a los ojos escrutadoramente.

—Nunca he llorado tan sinceramente como ahora, al verlo todo destruido en un momento.

—Bueno, quédate. Haré que te oiga el empresario. Pero si fracasas...

—Eso es tanto como anticipar la seguridad de mi fracaso. Hará que Stapleton no me tome en serio. No, no acepto su proposición hecha como por lástima. Yo quería trabajar con usted para aprender de un gran artista. Ahora me doy cuenta de que mi pretensión ha sido un sueño irrealizable.

Había puesto tanto sentimiento en aquellas palabras, les había imprimido un tono tan conmovedor, que Paurel no pudo menos de pedirle excusas por haberla tratado tan duramente.

—Te aseguro que triunfarás. Basta que tú lo desees para que lo quiera yo también. ¿Sabes, Diana, que me pareces adorable?

La había cogido por los brazos y clavaba en los ojos de Diana una mirada extraña e intensa.

De pronto, como obedeciendo a un loco arrebató, la apartó bruscamente de sí y exclamó:

—¡Vete! ¡Vete! ¡Vete adonde no te pueda tocar!

Ella, desconcertada, pero adivinando confusamente el motivo de la brusquedad, se marchó tan rápidamente como Paurel deseaba.

Poco después, cuando el divo se sentaba a la mesa donde Potter había dispuesto un almuerzo exquisito, exclamó:

—Potter, tengo que hacerte una revelación tremenda. Nunca hubieras creído que esto pudiera suceder. Estoy enamorado.

El criado se echó a reír.

—¡Tantas veces nos hemos enamorado, señor!

—Pero como ahora nunca.

—Siempre decimos lo mismo.

—Te aseguro que ahora es diferente, Potter. Y para probártelo, oyeme: me casaré con ella.

El criado se quedó como el que ve visiones.

—¿Que nos casaremos?

—No. Esta vez no admito el plural, Potter. Quiero casarme yo solo.

—Pero, monsieur Paurel...

—Sí, Potter. Me casaré. Estoy cansado de aventuras. Tendré un hogar, un hogar lleno de pequeños Paureles.

—Los niños son perjudiciales para la voz.

—Estoy hablando en serio, Potter.

Y, en efecto, nunca había visto Potter tan serio a su señor.

VII

Al día siguiente logró por fin Jonino que Diana fuera a comer con él.

—Pareces muy feliz—dijo Carlo cuando estuvieron sentados a la mesa y viendo la alegría que se reflejaba en el semblante de Diana.

—¿Por qué no he de serlo?

—¿Es que las cosas te van bien con Paurel?

—O me van muy bien o me van muy mal.

—¿Cómo se entiende eso?

Diana le explicó lo ocurrido en la última entrevista.

—¿De modo que te echó?—preguntó Jonino.

—Sí. ¿Cómo interpretas tú eso?

—Es una grosería brutal. Se ha cansado de ti antes de lograr lo que se proponía obtener.

—¿Sólo tiene esa interpretación su proceder?

—Para mí sólo esa.

—¿Y no pudiera ser que Paurel estuviera enamorado?

—¡Qué locura!

Quedó Jonino silencioso y triste y Diana contemplándolo.

¿Qué era lo que pasaba por el alma de aquella mujer?

En sus ojos parecía adivinarse un lejano resplandor amoroso al fijar la mirada en Carlos Jones, en aquel Carlos Jones que siempre se llamaría para ella así por mucho que se cambiara los nombres.

Había sido su primer amor, seguramente su único amor. Y eso es algo que no se olvida aunque se pretenda olvidar.

—Déjame que yo haga la carrera de los dos—suplicó de pronto Jonino—. Yo te amo como no te puede amar ese desdichado donjuán.

—Querrás decir afortunado.

—Todos los donjuanes tienen un fin triste.

—¿Es que yo no tengo derecho a aspirar a ser algo en la escena?

—¿No te bastaría con que lo fuera yo para ti?

—Si al menor lo fuéramos los dos...

—¿Tanta fe tienes en tus méritos?

Ella sonrió de un modo enigmático.

—La verdad es que no tengo fe ninguna. Probablemente nunca cantaré ópera.

—¿Puedo interpretar eso como una renunciación al arte por mí?

Y antes de que Diana hubiera tenido tiempo de contestar, oyó la voz de Paurel:

—¡Diana! ¡Qué sorpresa! ¡Toda la mañana buscándote!

A Jonino apenas lo saludó.

Diana volvía a ser la muchacha esperanzada y ambiciosa que Paurel había conocido.

—Hemos venido a almorzar aquí algunas figuras de la compañía con nuestro empresario a la cabeza. Es la gran ocasión para que te presente a él y te oiga cantar.

—Diana ha renunciado al teatro—replicó Jonino.

—No me he comprometido a nada—rectificó ella vivamente.

—No perdamos esta ocasión, Diana—insistió Paurel—. Estamos arriba, en un reservado. Vamos y el empresario te oirá cantar.

—Sí, Carlo, debemos ir—rogó Diana.

Pero Jonino, despechado, rechazó:

—Yo no voy. Ve tú si quieres.

Y mientras Carlos se quedaba en la mesa del restaurante, Paurel y Diana se dirigían cogidos del brazo al comedor particular donde estaban los artistas.

Paurel presentó a Diana.

—Mademoiselle Page que nos cantará algo.

Como los reunidos estaban en plan de alegría, la noticia fué acogida favorablemente.

—Será un concierto completo—dijo uno de los presentes—. Primero cantará nuestro tenor. Después la señorita Page.

Pero como cuando el tenor se levantó, la perrita de la tiple alemana empezó a ladrar, aquél, indignadísimo y a punto de sufrir un ataque de nervios, se volvió a sentar.

—¡No cantaré hasta que atropelle un automóvil a ese bicharraco!—exclamó.

La tiple alemana se puso furiosa al oír tan tremendo insulto dirigido a su perrita y dijo al tenor todas las palabras gruesas de su repertorio.

Esto favoreció a Diana que pudo cantar inmediatamente.

El propio Paurel la acompañó al piano.

—¿Qué quieres cantar?—le preguntó.

—Algo de "Don Giovanni".

A Paurel le pareció demasiada pretensión que cantara la ópera que tantas veces había presentado la compañía aquella temporada, pero pronto se convenció de que Diana no tenía nada que envidiar a la Savarova.

Cuando hubo terminado, se oyó una voz en el comedor que exclamaba:

—¡Bravo, bravo!

Y como aquella voz era la del empresario, bien pudo decirse Diana que había tenido un gran éxito.

Todos la felicitaron.

El empresario le preguntó:

—¿Ha cantado usted ópera?

—Canté el papel de doña Elvira en Torino.

—Pues es posible que lo cante aquí.

Entonces se oyó la voz de la Savarova:

—Perdónenme, pero me marchó. Estoy muy mareada.

Y salió del comedor sin despedirse de nadie.

Paurel comentó:

—Las voces jóvenes la marean.

Y exclamó triunfalmente:

—¡Ha de cantar la doña Elvira conmigo!

—Acaso sea demasiado pronto para pensar en esto—apuntó el empresario—. No tiene la suficiente preparación todavía.

—Yo la prepararé.

—¡La compadezco!—exclamó la tiple alemana—. Perdí quince quilos cuando aprendí Isolda.

Y el tenor, oportuno y vengativo, contestó:

—Pues le convenía aprenderlo otra vez.

La alusión a la gordura de la tiple alemana fué acogida con una carcajada general que enfureció a la cantante.

VIII

Terminado el primer acto, Paurel entró en su camerino loco de alegría.

Ya se había anunciado su próxima boda con Diana.

Diana acababa de debutar ante el público de Nueva York cantando el papel de doña Elvira y había tenido un gran éxito.

¿No era esto suficiente para que Paurel se sintiera plenamente feliz?

Sin embargo, él no había estado a su altura. Había sentido algo extraño en la garganta. Le pareció como si de pronto hubiera perdido la voz. Fué tan rápido, que el público no lo notó. En cambio, al empresario no le pasó por alto.

—Ya le había advertido el doctor—le dijo—. Podíamos haber cambiado el programa.

—No quise estropear el debut de Diana.

Y callaron porque llegó miss Page en aquel momento.

El empresario se fué. Paurel exclamó dirigiéndose a su prometida:

—¡Bravo, querida! El triunfo ha sido tuyo y no mío.

—Es que tú lo has querido así y te has reservado.

—Nada de eso. Ha sido un triunfo sin mácula. Hay que celebrarlo. Potter, trae champaña.

—El doctor dijo que esta noche no debíamos beber.

—¡Trae champaña!—insistió Paurel.

Y el criado, aunque de mala gana, tuvo que obedecer.

—Lo he hecho salir—explicó el divo—para poder fumar.

Y sacó un cigarrillo que encendió con verdadero deleite.

Diana sólo pensaba en su triunfo.

—Nunca olvidaré lo mucho que te debo.

—¿Deberme? Absolutamente nada, Diana. Por el contrario, soy yo el que está en deuda contigo. Eres tú la mujer que me ha descubierto lo que es el verdadero amor. Soy feliz como no lo he sido nunca.

—Gracias, Paurel.

—Todo me parece poco para pagarte el haberme dado ocasión de conocer esto tan hermoso.

Y quitándose un amuleto que llevaba colgado del cuello, lo puso en el de Diana.

—¿Por qué me das esto?

—Porque el acto próximo es el más difícil y este amuleto te dará suerte.

—Pero tú no debes quedarte sin él.

—Llévalo tú por los dos y los dos triunfaremos.

Entonces entró Potter con una botella de champaña.

—Ya es hora de que empecemos a vestirnos—advirtió.

—Entonces me voy—dijo Diana.

—Adiós, Diana. Me va a parecer que tardaré un año en volver a verte.

—Sin embargo, nos volveremos a ver dentro de cinco minutos.

Y Paurel la siguió con la mirada cuando con su gracia de paloma se alejó en dirección a su camerino.

Entonces se dió cuenta Potter de que Paurel tenía un cigarrillo entre los labios.

—¡No fumemos, señor!—dijo en tono suplicante.

—¡Qué importa un cigarrillo!

Y acto seguido se dió cuenta el criado de algo más temible.

—¡Ha desaparecido nuestro amuleto!—dijo con voz ahogada.

—¡Nada de escenas, Potter! Dame el espejo.

El criado se dispuso a obedecer.

Pero tan preocupado estaba por los acontecimientos que venían desarrollándose aquella noche, que el espejo se le cayó de la mano.

Tanto él como Paurel lanzaron un grito de aprensión.

—¡Se ha roto el espejo!—exclamó el divo—. ¡Eso quiere decir que vamos a tener siete años de mala suerte!

Y ocultó el rostro entre las manos.

—¡Es horrible! ¡Es horrible!

—Puede ser que no se haya roto—balbuceó Potter.

Y al ver que tendía la mano hacia el espejo, el cual permanecía en el suelo boca abajo, Paurel dijo nerviosamente:

—No me lo enseñes. No quiero saber si se ha roto.

Pero como Potter comprobó que el espejo estaba entero, exclamó alegremente:

—¡No se ha roto, señor, no se ha roto!

Paurel se apresuró a mirar la pequeña luna y la tranquilidad volvió instantáneamente a su espíritu.

—Potter, creo que he sido demasiado duro contigo.

Y añadió, cogiendo del tocador un alfiler de corbata y clavándolo en la que llevaba Potter puesta:

—Este alfiler me lo regaló el rey de Italia. Acéptalo y olvidaremos lo ocurrido.

Le tendía la mano. Potter la estrechó emocionado.

—¡Gracias, señor!

—Y ahora, voy a arreglarme.

Y entonces se le cayó a él el espejo y quedó hecho mil pedazos.

IX

El el camerino de Diana se presentó Carlo.

—¿La puedo felicitar por su triunfo?—preguntó con una mezcla de tristeza y alegría.

Y ella no pudo reprimir una exclamación surgida del fondo de su alma:

—¡Oh, Carlos! Temí que no vinieras.

Y dominada por una emoción profunda, por un sentimiento que en aquel momento culminante de su vida oprimía su corazón, se echó a llorar.

—¿Por qué lloras?—le preguntó Jonino—. Tienes todo lo que deseabas: la gloria, el hombre al que quieres...

—No, Carlo—le interrumpió ella sin poder contenerse—. Ahora que todo parece irremediable, ahora que ya soy la prometida de Paurel, me arrepiento de haber representado una farsa que no sé si podré llevar hasta el fin... No le amo. ¿Cómo puedo amarle si mi corazón es de otro?

—¿Quién es ese otro, Diana?—preguntó Carlo, dominado por una intensa emoción.

—¿Quién puede ser sino tú?

—¡Diana!

Y llevados de un mismo impulso y de una misma fuerza, se confundieron en un abrazo.

El azar o el demonio quiso que en aquel momento entrara la Savarova en el camerino.

Y una extraña alegría se apoderó de ella al ver a Carlo y Diana abrazados y unidas las bocas en un beso vehemente.

—Perdonen—murmuró.

Ellos se separaron y la Savarova salió del camerino para dirigirse al de Paurel.

Al verla entrar el divo, le extrañó que su rostro estuviera tan risueño.

—¿Eres realmente tan feliz como quieres aparentar?—preguntó en son de duda.

—Sí. La felicidad de todos vosotros se me ha contagiado.

—Me alegraría de que fuera así.

—Y así es. ¡Ha estado muy bien Diana! ¡Y qué contenta está!

—¿Has hablado con ella?

—No he podido, porque Carlo estaba con ella.

—¿Carlo?

—Sí, en su camerino.

—¿Cuándo?

—En este momento. Ha ido a darle un beso... por supuesto, un beso de amigo.

—¡Mientes!—gritó Paurel—. Diana no es capaz de besar a ningún hombre, Diana no puede engañarme.

—Puesto que te pones en ese plan, te diré que Diana está enamorada de Carlo y que el beso que acaban de darse no era precisamente fraternal.

Estas revelaciones pusieron una venda de indignación y de dolor ante los ojos de Paurel, que se abalanzó sobre Savarova como para abofetearla. Pero se contentó con llenarla de insultos.

—¡Mientes, mientes! ¡Eres una miserable! La envidias. Estás

despechada, porque te he despreciado. ¿Acaso mereces otra cosa? ¡Tu lengua está envenenada! ¡Eres la mujer más despreciable que he conocido! ¡Eres...!

No pudo continuar. De súbito, había perdido la voz. Se llevaba las manos a la garganta desesperadamente como si quisiera arrancarse aquella afonía que le hundía en un mar de dolores físicos y morales.

—¡Mi voz, mi voz!—exclamó sin lograr emitir más que una especie de ronquido.

Savarova contemplaba su obra aterrada. Ella había sido la causante de aquella desgracia, ella había sumido al hombre cuyos besos la habían hecho soñar, en el infortunio más doloroso.

Llegó el traspunte:

—¿Listo para la escena, monsieur Paurel?

—No—repuso la Savarova—. Está enfermo. Que llamen al médico en seguida.

Pero a quien fué el traspunte a avisar fué al empresario.

Acudió éste en seguida y casi al mismo tiempo entró Potter. La noticia se había corrido rápidamente por el teatro. Todos acudían a comprobar la enorme desgracia. Paurel vivía, pero su voz había muerto. ¿No era esto tan doloroso como si hubiera dejado de existir monsieur Paurel?

El pobre Potter hacía esfuerzos por contener las lágrimas. El empresario, después de consolar y dar ánimos al gran cantante y buen amigo, ordenó que se avisara a Jonino para que substituyera a Paurel.

El camerino se fué vaciando poco a poco. Todos tenían que atender a sus obligaciones. Y cuando sólo quedaban en el cuarto la aterrada Savarova y el fiel Potter, llegó Diana.

Su emoción era tan grande, que apenas podía hablar.

Paurel la tranquilizó:

—No ha sido nada, querida... Una semana de régimen y volveremos a cantar juntos.

—¡Oh, Jean!

—Sólo me interesa hacerte una pregunta. ¿Me sigues queriendo?

—¿Por qué dudarlo?

—Gracias. Con eso me basta.

Y añadió al oír los primeros compases de la orquesta:

—¡El telón! ¡Corre!

La empujó hacia el éxito, hacia aquel éxito que había de compartir con Jonino.

Cuando se hubo marchado, Paurel se desplomó en la silla que había ante el tocador y allí permaneció, inmóvil y absorto, como náufago de su propio infortunio.

Y Savarova, que lo había visto todo, que había visto el heroico rasgo de aquel hombre al sonreír a la mujer amada y empujarla a escena, donde había de triunfar con Jonino; que estaba viendo al hombre amado y deseado hundido en la amargura de su desastre, no pudo reprimir las lágrimas que corrieron purificadoras por las pintadas mejillas.

Entretanto el fiel Potter decía Paurel:

—No nos preocupemos. Todo se arreglará.

Y en este empeño de consolar a su dueño no había consuelo para él.

X

—¿Dónde está miss Page?—preguntó Paurel.

—Estuvo al lado de su cama toda la noche—repuso Potter.

—¿Se marchó?

—No. Se ha echado un poco en el sofá.

—¡Oh, Potter! Esto es bastante para que me sienta feliz.

—¡Y yo también!

Pero la verdad era que Potter estaba a punto de llorar.

—Vamos a ver a miss Page—dijo el glorioso artista. Y fueron.

Dormida, Diana estaba realmente seductora.

—¿Verdad que está hermosísima durmiendo, Potter?

—Cuidado—dijo ella entonces—, que estoy despierta.

Y preguntó levantándose:

—¿Ha venido el doctor?

—Sí.

—¿Qué ha dicho?

—Que he perdido la voz para siempre.

Y al decir esto, los labios de Paurel se torcían en una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—El cantante ha muerto. Ahora empieza a vivir el hombre—

dijo Paurel tratando de animarse a sí mismo—. Ahora viviré sólo para ti.

Y añadió tristemente:

—Lo que siento es que tú hayas de sacrificarte por mí.

—No es ningún sacrificio.

—¿De veras estás dispuesta a venir conmigo a Italia?

—Adonde tú quieras.

Y estas palabras hacían tan feliz a Paurel, que no advirtió la falta de convicción con que estaban pronunciadas.

¿No era que Diana se sentía ligada por la gratitud al hombre que tanto había hecho por ella? ¿No era que su conciencia le impedía abandonarle ahora que estaba hundido en la desgracia? ¿Podía una mujer de corazón y de honor como ella retirar su palabra de casamiento precisamente en aquellos momentos en que a Paurel no le quedaba más que la esperanza de aquel amor?

—¡Ya verás!—exclamó Paurel—. ¡En Italia seremos muy felices!

Y la conversación fué interrumpida por la llegada de un visitante a quien Paurel recibió en el acto.

Era Jonino.

Paurel le felicitó:

—Las críticas no pueden ser más halagadoras para ti, muchacho.

—Sí, han sido todos muy benévolos conmigo.

—Sinceros, pues la verdad es que estuviste bien.

—No se puede estar bien cuando se substituye a un Paurel. La que estuvo espléndida fué Diana.

Y añadió con un tono lleno de vacilaciones:

—A propósito de Diana, Stapleton quiere que cante "Gilda" conmigo.

—Lo siento, pero no podrá ser.

—¿Por qué?

—Porque nos vamos a Italia..

Al ver que iba a perder a Diana, algo se rebeló en el alma de Jonino.

—¡Eso no puede ser!—exclamó, perdiendo el respeto que la desgracia de su rival le inspiraba.

—¿A ti qué te importa?

—Me importa porque la amo—declaró Jonino enérgicamente.

—Pero ella me quiere a mí.

—No, no puede quererle.

—Pues otras me han querido.

—Eso es lo que le pasa a usted: que le han querido demasiadas. Pero Diana no será una de ellas.

—Diana lo es.

—No lo es, porque no le ama. Primero la cegó su fama. Después fué la gratitud lo que la retuvo a su lado. Y ahora la piedad. ¿Tan ciego está que no ve todo esto?

—Voy a probarte que Diana me quiere.

La llamó, y cuando llegó Diana le hizo esta pregunta:

—¿Verdad que te vas a casar conmigo porque me quieres?

Diana miró a Carlo, Después contestó:

—Sí.

—Es que Stapleton desea que cantes "Gilda" conmigo—declaró el joven.

—¿Sí?—preguntó Diana, olvidándose de todo, y exclamó sonadoramente—. ¡Eso sería magnífico!

Después volvió a la realidad. Miró a Paurel y dijo, tratando en vano de disimular su tristeza:

—Pero no puede ser. Nos hemos de marchar.

Paurel estaba intensamente pálido. Acababa de darse cuenta de que Jonino tenía razón. En el semblante de Diana se había reflejado toda la triste verdad. Diana no le amaba. Para Diana sería un gran sacrificio marcharse con él y dejar el teatro donde había recogido sus primeros laureles. Por otra parte, ¿no era evidente que amaba a Jonino?

Y por primera vez en su vida, el alma del donjuán, purificada por el dolor, encontró la abnegación necesaria para sacrificarse por una mujer, cuando hasta entonces sólo sacrificios de ellas estaba acostumbrado a recibir.

—No debes despreciar esta ocasión, Diana—aconsejó en un tono paternal—. Vete con Jonino y dile a Stapleton que aceptas su proposición.

—¿De veras?—exclamó Diana, radiante de alegría.

—Sí.

—¿Y tú?

—Yo... os escribiré desde Italia de vez en cuando.

Una lágrima de gratitud resbaló por las mejillas de Diana.

—Gracias, Paurel. ¡Esto sí que no podré pagártelo nunca!

Y le dió un beso, un beso que hizo exclamar a Paurel:

—¡Es el mejor beso que me has dado!

Y se quedó a solas con el fiel Potter.

El criado y amigo compartía el dolor de su dueño y no encontraba palabras para consolarle.

Pero sonó el teléfono y Potter oyó una voz de mujer. Allí estaba la solución, allí estaba el consuelo para monsieur Paurel.

El criado cubrió con la mano el transmisor y dijo:

—La señora de Loring desea hablar con usted.

—Dile que no estoy.

—Es aquella morena de ojazos chispeantes.

—No estoy, Potter.

—Sin duda no recuerda usted. Aquella que conocimos durante el viaje.

El semblante de Paurel cambió de expresión.

—¿La casadita?—preguntó, interesado de súbito.

—Sí.

—¡Encantadora mujer!

Y cogiendo el auricular conversó con ella.

—¡Qué sorpresa tan agradable!... ¿Estás libre?... Podemos almorzar juntos... ¡Oh, querida mía! Eres la única mujer que realmente me ha llegado al corazón.

FIN

ATENCIÓN

Gran éxito, en las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica, la más reciente producción del famoso

JOSE MOJICA

con **ROSITA MORENO**

EL REY DE LOS GITANOS

Magníficas canciones

La mejor película
del popularísimo

MOJICA

¡Haga sus encargos
desde ahora mismo!
Siempre lo mejor

Ediciones BISTAGNE

Pje. Paz, 10 bis.-BARCELONA

Números publicados:

CHANDÚ, por Edmund Lowe, Irene Ware, etc.

EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan

NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Gustav Froehlich y Liane Haid

LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy

¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day, Germaine Aussey, Wolfgang Klein, etc.

PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petovich, etc.

LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.

UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.

DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, Ernest Torrence, Lew Cody, etc.

EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett.

RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, etc.

ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow, Mae Clarke, etc.

LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakefield, Robert Forgharson, Renée Clama, etc.

EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, Constance Cummings, Donald Dillaway, etc.

EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, Mona Maris, etc.

SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, John Boles, etc.

RECUERDE LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES:

Aventuras Film.	0'15 pta.
La Novela Cinematográfica del Hogar.	0'30 »
Exitos Cinematográficos	0'50 »
Los Mejores Films.	0'50 »
Ediciones Especiales.	1'— »

Ediciones BISTAGNE- GARANTIA DE EXITO

Sea usted lector de las selectas e inimitables
EDICIONES ESPECIALES de LA NOVELA SEMA-
NAL CINEMATOGRAFICA

Acaban de aparecer:

EL AZUL DEL CIELO

por Maria Eggerth

EL MONSTRUO DE LA CIUDAD

por Walter Huston, Jean Harlow, Jean Hersholt, etc.

EL HOMBRE QUE SE REIA DEL AMOR

por María Fernanda Ladrón de Guevara, Rafael Rivelles, etc.

SUSAN LENOX

por Greta Garbo, Clark Gable, Jean Hersholt, etc.

MERCADO DE MUJERES

por Dita Parlo, Harry Frank, etc.

MANOS CULPABLES

por Lionel Barrymore, Madge Evans, Kay Francis, etc.

LA PRINCESA SE DIVIERTI

por Martha Eggerth

— y —

LA MANO ASESINA

por Ben Lyon, Bárbara Weeks, Kenneth Kenyon, etc.

¡Siempre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

E. B.

